

Prólogo

El día que te acabes de leer este libro nos conoceremos en persona.

Sí, te estoy hablando a ti. Sí, sí, a ti, a quien ahora mismo tiene este libro entre las manos. Cuando te lo acabes, nos encontraremos en persona. ¿Que eso es imposible? Confía en mí. A medida que leas, te iré dando los detalles necesarios para que sepas quién soy. Y no vale saltarte páginas del libro para llegar hasta el final. Lo siento, pero es la única manera que vas a tener de reconocermé.

Ahora mismo ya sé lo que estarás pensando: que esto tiene trampa, que es imposible conocer al personaje de una novela. Pues, mira por dónde, aquí patinas, porque yo no soy un personaje de ficción. Yo soy una persona real. Y te voy a explicar todo lo que necesitas saber sobre mí para que

me conozcas cuando llegue el momento. ¿Que por qué nos tenemos que conocer? Más adelante lo entenderás. Solo te pido paciencia.

Dicho esto, tienes dos opciones: o dejar de leer el libro o continuar. Si lo dejas, no pasa nada, no debes de ser la persona que estoy buscando. Ahora bien, si continúas adelante, por favor, presta mucha atención a los detalles.

Porque voy a necesitar que me los expliques.

1

Maté a mi padre.

Esta es la cruda realidad. Podría haber empezado de una manera más suave, lo sé, pero prefiero decir las verdades tal como son, a bocajarro. Después de este comienzo, cualquier cosa que te cuente no te parecerá tan grave. ¿Que no me afecta? Claro que me afecta, pero no me ha quedado más remedio que tirar adelante. Aun así, no he vuelto a ser el mismo. Ya te darás cuenta. Cuando nos veamos, por favor, no saques el tema de mi padre. En todo caso, hablemos del tema si soy yo quien te lo pide...

Te preguntarás por qué te explico una situación tan trágica, ¿verdad? Pues porque confío en ti y quiero que me conozcas tal como soy, con mis virtudes y mis miserias. ¡Tú lo has elegido así! Yo te he dado la opción de abandonar, si

tú has decidido seguir leyendo significa que eres la persona que estoy buscando. Nada pasa por casualidad.

Venga, empiezo por el hecho más traumático de mi vida: maté a mi padre de un disparo. Tengo imágenes muy caóticas de aquel día. Yo era muy pequeño y los recuerdos se me difuminan. Fue en la casa de los Pirineos. Es que teníamos varias casas, ¿sabes? La de Barcelona, la de los Pirineos, la de la Costa Brava. Cosas de la gente rica, que les da por comprar casas... A mí me encantaba la casa de los Pirineos, porque era la típica casa de piedra en medio de un prado, junto a un riachuelo, donde veías a las vacas pastar y oías a los pájaros cantar. A veces pienso que me estoy inventando aquella casa, que quizás la he visto en alguna película y la he convertido en el escenario de mis recuerdos, porque llevo mucho tiempo sin ir. En el fondo, ¿qué más da cómo era la casa!

Tenía nueve años cuando fui por última vez. Fue el verano que maté a mi padre. Habíamos ido unos días en familia: mi padre, mi madre, Borja y yo. ¡Ah! Y María. Ella era como de la familia. Siempre nos acompañaba durante las vacaciones y se encargaba de cocinar y limpiar. De todos los criados que teníamos en el piso de Barcelona, ella era mi preferida.

—Chiquillo, pareces una cabra montesa —me solía repetir con una sonrisa.

Y me lo decía con razón, porque me pasaba el día fuera de casa, de aquí para allá, arriba y abajo. Me gustaba atrapar insectos del campo, bañarme en el riachuelo, escalar por las rocas y contemplar las estrellas de noche. Era un culo de mal asiento.

Y, sobre todo, sobre todo, me encantaba la caza. Vale, técnicamente, me encantaba ver las presas que mi padre cazaba. Porque mi padre era cazador. Cuando cogía la escopeta y se marchaba con el todoterreno, regresaba con perdices, liebres y hasta jabalíes. ¡Cómo me hubiera gustado irme con él!

—Me acompañarás cuando seas un hombre —me decía sin rodeos.

Era de pocas palabras. Lo recuerdo un hombre grande, fuerte y de ojos oscuros. Su mirada infundía respeto. Imagínate: los trabajadores de la empresa lo llamaban el... el... el..., leñe, ¿cómo lo llamaban? ¡Ah, sí! El Cóndor. Tenía fama de controlarlo todo desde su despacho. Yo no sabía qué era un cóndor en ese momento y me imaginaba que sería otro nombre de mi padre. Pensaba que tenía muchos nombres: Santi en casa y el Cóndor en el trabajo...

—A ti, Carlos, te vamos a buscar otro nombre —me provocaba Borja—. A partir de ahora, te voy a llamar el Nenaza.

Mi hermano mayor era así de repelente. Claro, él era el niño perfecto, el niño que todo lo hacía bien, y era de estos que disfrutaban pisando a los demás. Encima, era el ojito derecho de mi padre y de mi madre. Eso de que los padres no tienen un hijo preferido es una mentira como una casa, siempre uno es el predilecto, simplemente ocurre que algunos padres lo disimulan mejor que otros. Y Borja era el preferido aunque fuera un canalla. ¡Qué se le va a hacer! Al menos yo era el preferido de María.

Lo que me daba más rabia era que Borja pudiera acompañar a mi padre de caza. ¡Si solo nos llevábamos tres años de diferencia! Aun así, mi padre se lo llevaba de vez en

cuando y yo me quedaba en casa más solo que la una, mirando las cabezas de los animales disecados que colgaban de la pared del comedor: un ciervo, un jabalí, un oso... y, en medio de todas ellas, se encontraba la escopeta. Cuando mi padre regresaba de la caza, la limpiaba y la colocaba en el centro de todos sus trofeos. Como te podrás imaginar, yo tenía prohibidísimo cogerla.

Pero aquella tarde se me fue la cabeza.

Ocurrió después de comer. Todo el mundo echaba la siesta menos yo. Estaba jugando afuera cuando vi un jabalí que bebía agua en la otra orilla del riachuelo. ¡Guau! Lo tenía a tiro. ¡Era la oportunidad para demostrar que me había hecho un hombre! Y entré en casa flechado como un gato, arrastré la silla y cogí la escopeta de la pared. Sentía una efervescencia interior.

Sabía cómo quitar el seguro de la escopeta. Y cuando la tenía entre las manos, cuando estaba a punto de salir, mi padre entró en el comedor de repente. A partir de ahí, tengo un lapsus de memoria. Creo que me gritó: “¡Deja la escopeta!”. Y yo debí de asustarme. Y entonces, el disparo. Todos los recuerdos se centrifugan dentro de mi cerebro como prendas de ropa en una lavadora.

Recuerdo una mancha de sangre en el pecho de mi padre. Y todo el mundo apareciendo en el comedor. Y mi madre gritando. Y Borja con cara de horror. Y María conduciéndonos a mi hermano y a mí hacia el cuarto de invitados. Creo que nos cerraron con llave.

Borja no dejaba de llorar y de acusarme, lleno de rabia: “¡Has matado a papá!”, “¡Eres un monstruo!”. Y yo me tapaba las orejas para no oírlo y me decía a mí mismo que

mi padre se pondría bien, que solo se había hecho una herida, que lo curarían en el hospital... No nos dejaron salir del cuarto en toda la tarde. Yo me acurruqué en un rincón y me abracé las piernas. En el fondo, tenía miedo de haber matado a mi padre, pero me intentaba convencer de que todo habría quedado en un susto. No recuerdo mucho más de aquel día. Solo el sonido de las sirenas de la ambulancia y los coches de policía. En teoría, unos agentes hablaron conmigo en algún momento, pero todos aquellos instantes se me han borrado de la memoria. Recuerdo, eso sí, repetirme que yo no era un asesino.

A pesar de todo, acabé encarcelado.

© del texto: Arturo Padilla de Juan, 2026
© de esta edición: Milenio Publicaciones, 2026
C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com

Primera edición: mayo de 2026
ISBN: 979-13-991354-8-0
DL: L 589-2026

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S.L
www.bobala.cat

Printed in Spain

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.